

fines; pero si usted lo viera ahora ¿lo quisiera como antes?

— Sí lo quisiera, amigo, me dijo; lo amaría como siempre. — ¿Aunque fuera un pícaro? — Aunque fuera. En los hombres debemos aborrecer los vicios, no las personas. Yo, desde que conocí á ese mozo, viví persuadido en que sus crímenes eran más bien imitados de sus malos amigos que nacidos de malicia de su carácter. Pero es menester advertir, que así como la virtud tiene grados de bondad, así el vicio los tiene de malicia. Una misma acción buena puede ser más ó menos buena, y una mala, más ó menos mala, según las circunstancias que mediaron al tiempo de su ejecución. Dar una limosna siempre es bueno; pero darla en ciertas ocasiones á ciertas personas, y tal vez darla un pobre que no tiene nada superfluo, es mejor, ya porque se da con más orden y ya porque hace mayor sacrificio el pobre cuando da alguna limosna que el rico, y por consiguiente, hace ó tiene más mérito.

Lo mismo digo de las acciones malas. Ya sabemos que robar es malo; pero el robo que hace el pobre, acosado de la necesidad, es menos malo ó tiene menos malicia que el robo ó defraudación que hace el rico que no tiene necesidad ninguna, y será mucho peor ó en extremo malo si roba ó defrauda á los pobres. Así es que debemos examinar las circunstancias en que

los hombres hacen sus acciones, sean las que fueren, para juzgar con justicia de su mérito ó demérito. Yo conocí que el tal muchacho Periquillo era malo por el estímulo de sus malos amigos, más bien que por la malicia de su corazón, pues vivía persuadido de que quitándole estos provocativos enemigos, él de por sí estaba bien dispuesto á la virtud.

— Pero, amigo, le dije; si lo viera usted ahora en estado de no poderlo servir en lo más mínimo, ¿lo amara? — En dudarle me agravia usted, me respondió; ¿pues qué, usted se persuade á que yo en mi vida he amado y apreciado á los hombres por el bien que me puedan hacer? Eso es un error. Al hombre se le ha de amar por sus virtudes particulares y no por el interés que de ellas nos resulte. El hombre bueno es acreedor á nuestra amistad, aunque no sea dueño de un real, y el que no tenga un corazón emponzoñado y maligno es digno de nuestra conmiseración, por más crímenes que cometa, pues acaso delinque ó por necesidad ó por ignorancia, como creo que lo hacía mi Periquillo, á quien abrazaría si ahora lo viera.

— Pues, digno amigo, le dije, arrojándome á sus brazos, tenga usted la satisfacción que desea. Yo soy Pedro Sarmiento, aquel Periquillo á quien tanto favor hizo en la cárcel; yo soy aquel joven extraviado; yo el ingrato ó tonto que ya no le volví á escribir, y yo el que, des-

engañado del mundo, he variado de conducta y logro la inexplicable satisfacción de apretarlo ahora entre mis brazos.

El buen viejo lloraba enternecido al escuchar estas cosas. Yo lo dejé y fuí á abrazar y consolar á su mujer, que también lloraba por ver enternecido á su marido, y la inocente criatura derramaba sus lagrimillas sabiendo apenas por qué. La abracé también, le hice sus sorroclocos, y pasados aquellos primeros transportes, me acabó de contar don Antonio sus trabajos, que pararon en que, viniendo para México á poner á su hija en un convento, con designio de radicarse en esta capital, habiendo realizado todos sus bienecillos que había adquirido en Acapulco, en el camino le salieron unos ladrones, lo robaron y le mataron al viejo mozo Domingo, que los sirvió siempre con la mayor fidelidad. Que ellos, en tan deplorable situación, se valieron de un relicario de oro que conservó su hija ó se escapó de los ladrones, y el que vendieron para comprar un jumento, en el que llegó á mi casa don Antonio muy enfermo de disentería, habiendo tenido que caminar los tres sin un medio real como treinta leguas, manteniéndose de limosna hasta que llegaron á mi casa.

Cuando mi amigo don Antonio concluyó su conversación, le dije:—No hay que afligirse. Esta casa y cuanto tengo es de usted y de toda su familia. A toda

la amo de corazón por ser de usted y desde hoy usted es el amo de esta casa.

En aquella hora los hice pasar á mi recámara, les dí buenos colchones, cenamos juntos y nos recogimos.

Al día siguiente saqué géneros de la tienda y mandé que les hicieran ropa nueva. Hice traer un médico de México para que asistiera á don Antonio y á su mujer, que también estaba enferma, con cuyo auxilio se restablecieron en poco tiempo.

Cuando se vieron aliviados, convalecientes y surtidos de ropa enteramente, me dijo don Antonio:—Siento, mi buen amigo, el haber molestado á usted tantos días; no tengo expresiones para manifestarle mi gratitud, ni cosa que lo valga para pagarle el beneficio que nos ha hecho; pero sería un impolítico y un necio si permaneciera siéndole gravoso por más tiempo; y así me voy en mi burro como antes, rogándole que si Dios mudare mi fortuna, usted se servirá de ella como propia.

—Calle usted, señor, le dije. ¿Cómo era capaz que usted se fuera de mi casa atendido á una suerte casual? Yo fuí favorecido de usted, fuí su pobre, y hoy soy su amigo, y si quiere seré su hijo y haremos todos una misma familia. He examinado y observado las bellas prendas de la niña Margarita, tiene edad suficiente, la amo con pasión, es inocente y agradecida. Si mi honesto deseo es compatible con la voluntad de usted y de su

esposa, yo seré muy dichoso con tal enlace y manifestaré en cuanto pueda, que á ella la adoro y á ustedes los estimo.

El buen viejo se quedó algo suspenso al escucharme; pero pasados tres instantes de suspensión, me dijo: —Don Pedro, nosotros ganamos mucho en que se verifique semejante matrimonio. A la verdad que, considerándolo con arreglo á nuestra infeliz situación, no lo podemos esperar mejor. La muchacha tiene cerca de quince años y es algo bonitilla; ya yo estoy viejo y enfermo, poco he de durar; su pobre madre no está sana, ni cuenta con ninguna protección para sostenerla después de mis días. Por lo regular, si ella no se casa mientras vivo, acaso quedará para pasto de los lobos y será una joven desgraciada. Pensamiento es este que me quita el sueño muchas noches.

Esto es decir, amigo, que yo deseo casar á mi hija cuanto antes; pero, como padre al fin, quisiera casarla, no con un rico ni con un marqués, pero sí con un hombre de bien, con experiencia del mundo, y á quien yo conociera que se casaba con ella por su virtud y no por su tal cual hermosura.

Todas estas cualidades y muchas más adornan á usted y en mi concepto lo hacen digno de mujer de mejores prendas que las pocas que me parece tiene Margarita; pero es preciso considerar que á usted le

han de faltar pocos años para cuarenta, según su aspecto, y suponiendo que tenga usted treinta y seis ó treinta y siete, esa es una edad bastante para ser padre de la novia y esto puede detenerla para querer á usted. Sé dos cosas bien comunes. La una, que un moderado exceso en la edad de un hombre respecto á la de la mujer, tan lejos está de ser defecto, que antes debería verse como circunstancia precisa para contraerse los matrimonios, pues cuando los jóvenes se casan tan muchachos como sus novias, por lo regular sucede que acaban mal los matrimonios, porque siendo más débil el sexo femenino que el masculino y teniendo que sufrir más demérito en el estado conyugal que en otro alguno, sucede que á los dos ó tres partos se pone fea la mujer, y como en el caso de que hablamos los muchachos no tienen por lo común otra mira, al contraer el matrimonio, que la posesión de un objeto hermoso, sucede también, por lo común, que acabada la belleza de la mujer se acaba el amor del hombre; pues cuando es de treinta á treinta y seis años, ya su mujer parece de cincuenta, le es un objeto despreciable y la aborrece injustamente.

Esta razón, entre otras, debería ser la más poderosa para que ni los hombres se casaran muy temprano ni las niñas se enlazaran con muchachos; pero es ardua empresa el sujetar la inclinación de ambos sexos á la razón, en una edad en que la naturaleza domina con tanto

imperio en los hombres. Lo cierto es que los matrimonios que celebran los viejos son ridículos, y los que hacen los niños desgraciados las más veces. Esto quiere decir que yo apruebo y me parece bien que usted se case con mi hija; pero ignoro si ella querrá casarse con usted.

Es verdad, y esta es la otra cosa que sé; es verdad que ella es muy dócil, muy inocente, me ama mucho, y hará lo que yo le mande; pero jamás la obligaré á que abrace un estado que no le incline, ni á que se una con quien no quiera, en caso que elija el matrimonio.

En virtud de esto, usted conocerá que el enlace de usted con mi hija no depende de mi arbitrio. En ella consiste; yo la dejaré en entera libertad, sin violentar para nada su elección, y si quisiere, para mí será de lo más lisonjero.

Concluyó don Antonio su arenga, y yo le dije: —Señor, si solamente estos son los reparos de usted, todos están allanados á mi favor, y desde luego mi dicha será cierta, si usted y la señora su esposa dan su beneplácito; porque antes de hablar á usted sobre el particular, examiné el carácter de su niña, y no sin admiración encontré en tan tiernos años una virtud muy sólida y unos sentimientos muy juiciosos. Ellos me han prendado más que su hermosura, pues ésta acaba con la edad ó se disminuye con los achaques y enfermedades que no respetan á las bellas. De buenas

á primeras manifesté á su niña de usted mis sanas intenciones y me contestó con estas palabras, que conservaré siempre en la memoria:

—Señor, me dijo, mi padre dice que usted es hombre de honor y otras veces ha dicho que apetecería para mí un hombre de bien, aunque no fuera rico. Yo siempre creo á mi padre, porque no sabe mentir, y á usted lo quiero mucho después que lo ha socorrido; me parece que con casarme con usted aseguraría á mis pobres padres su descanso; y así, ya por no verlos padecer más y ya porque quiero á usted por lo que ha hecho con ellos, y porque es hombre de bien, como dice mi padre, me casara con usted de buena gana; pero no sé si querrán mi padre y madre, y yo tengo vergüenza de decírselos.

—Esta fué la sencilla respuesta de su niña de usted, tanto más elocuente cuanto más desnuda de artificio. En ella descubrí un gran fondo de sinceridad, de inocencia, de gratitud, de amor filial, de obediencia y de respeto á sus padres y bienhechores. Pensaba cómo significarle á usted mi deseo; mas queriendo usted separarse de mi casa me he precisado á descubrirme. De parte de los prometidos todo está hecho, resta sólo el consentimiento de usted y de su mamá, que les suplico me concedan.

Don Antonio era serio, pero afable; y así después que me oyó se sonrió, y dándome una palmada en el

hombro, me dijo: — ¡Oh, amigo! Si ya ustedes tenían hecho su enjuague, hemos gastado en vano la saliva. Vamos, no hay muchacha tonta para su conveniencia. Apruebo su elección; todo está corriente por nuestra parte; pero si lo ha pensado usted bien, apresure el paso, que no es muy seguro que dos que se aman, aunque sea con fines lícitos, vivan por mucho tiempo desunidos bajo de un mismo techo.

Entendí el fundado y cristiano escrúpulo de mi suegro, y encargándole el cuidado de la tienda y del mesón, mandé en aquel momento ensillar mi caballo y marché para México.

Luego que llegué, conté á mi amo todo el pasaje, dándole parte de mis designios, los que aprobó tan de buena gana que se me ofreció para padrino. A Pelayo, como á mi confesor y como á mi amigo, le avisé también de mis intentos, y en prueba de cuanto le acomodaron, interesó sus respetos, y en el término de ocho días sacó mis licencias bien despachadas del provisorato.

En este tiempo visité á mi amo, el chino, y al padre capellán, á don Tadeo y á don Jacobo, convidándolos á todos para mi boda. Asimismo mandé convidar á Anselmo con su familia; compré los donas ó arras, que regalé á mi novia, y como tenía dinero, facilité desde esta capital todo el que era menester para la disposición del festejo.

